

Dios al prójimo; porque del amor de Dios procede el del prójimo, y á medida que sea grande nuestro amor hácia Dios, lo será tambien hácia el prójimo. Así nos lo enseña el glorioso San Juan, diciendo: *Pues el que no ama á su hermano, á quien vé, ¿cómo podrá amar á Dios á quien no vé?* (I. Juan IV.—20.) Así pues, si queremos mostrar que amamos á Dios, y que se nos crea cuando decimos que lo amamos, es preciso tambien amar á nuestro prójimo, servirlo y ayudarlo en todas sus necesidades, segun nuestro poder.

Tal vez no fué en la hora misma, ni en el mismo día en que María recibió esta gracia incomparable, cuando se encaminó hácia las montañas de Judá; pues debemos considerar que permanecería recogida y penetrada de admiracion en su pequeña casa, meditando aquel grande y profundo misterio de la Encarnacion que se habia obrado en ella. Oh Dios! ¡qué dulzura y suavidad tendria en su corazon, por el conocimiento de esta maravilla! ¡qué santas conversaciones y amorosos coloquios se verificarian entre el Hijo y la Madre! Ella no salió pues, inmediatamente despues de la Encarnacion, como es de suponerse, sino trascurridos algunos días, dirigiéndose con gran diligencia hácia las montañas de Judá. ¿Mas dónde podrá verse humildad más profunda que la que ella practica entónces? Ella vá para ser la sierva de aquella que le era inferior en todo; pues aunque Santa Isabel era de noble estirpe por ser del linage de David y estar casada con un gran sacerdote del linage de Leví, llamado Zacarías, sin embargo, eso era nada en comparacion de la grandeza de la Virgen, puesto que era Reina del cielo y de la tierra, de los ángeles y de los

hombres; bien que todos esos títulos que le damos, no son mas que para ayudar á nuestros pequeños entendimientos á representarse algo que nos haga comprender su grandeza, pues ella es soberanamente más grande que todo eso. Por tanto, si queremos darle un nombre digno de su incomparable grandeza, debemos llamarla *Madre de Dios*, porque este nombre es tan grande, que todos los títulos, alabanzas y elogios que pudiéramos darle, están comprendidos en ese. ¿Qué humildad más profunda, podrá pues verse, que la que ella practica, puesto que cuando sabe que ha sido escogida y declarada como Madre del Verbo Eterno, ella se dice su sierva, y como una criada, sale y se encamina á servir á su buena prima en su vejez?

(*Segundo sermon de la Visitacion.*)

## CAPITULO XI.

### La Visitacion.

#### MOTIVOS DEL VIAJE.

**N**UESTRA muy amable y nunca bien amada Reina y Señora, la gloriosa Virgen, apenas hubo dado consentimiento á las palabras del Ar-



cángel San Gabriel, cuando el misterio de la Encarnacion se cumplió en ella; y habiendo sabido por el mismo Arcángel que su prima Isabel habia concebido un hijo en su ancianidad, quiso ir á visitarla, con el fin de servirla y aliviarla.

Sabiendo que era voluntad divina el que hiciera esta visita, se levantó prontamente, dice el Evangelista San Lucas, y salió de Nazaret, que era una pequeña ciudad de Galilea, donde ella vivia, para ir á la casa de Zacarías, y caminó apresuradamente para las montañas de Judá, emprendiendo ese viaje largo y difícil; pues dicen muchos autores, la ciudad en que moraba Isabel estaba distante de Nazaret como unas veintisiete leguas, aunque otros afirman que un poco menos; pero de todos modos, era aquel un camino bastante largo y difícil á causa de las montañas, para esa tierna y delicada Virgen, la cual se sintió impulsada por una secreta inspiracion, á hacer aquella visita.

Preciso es guardarse bien de pensar que ella fué allá impelida por una curiosidad de ver si era cierto lo que el Angel le habia dicho de su prima, pues en manera alguna lo dudaba, estando por el contrario, enteramente cierta de que la cosa era tal cual le habia sido declarada. Pero, en primer lugar, ella fué impulsada á emprender ese viaje por un motivo de caridad, á fin de servir, socorrer y aliviar á Santa Isabel su prima, y para ver aquella grande maravilla, y regocijarse con ella, por la gracia que el Señor le habia hecho, de darle un hijo en su esterilidad y hacerla concebir en su vejez.

En segundo lugar, María fué á esta visita, para revelar á Santa Isabel aquel altísimo é incom-

parable misterio que se habia verificado en ella por obra del Espíritu Santo; pues bien sabia que su prima era una persona justa, muy buena, temerosa de Dios, y que deseaba ardientemente la venida del Mesías prometido en la ley, para rescatar al mundo, y seria un grande consuelo para ella el saber que las promesas de Dios estaban cumplidas, y que el tiempo deseado por los Patriarcas y anunciado por los Profetas habia llegado ya.

En tercer lugar, María fué allá, para devolver, por medio de su Hijo, la palabra á Zacarías, quien la habia perdido por su incredulidad á las palabras del Angel, cuando le anunció que su mujer concebiria un hijo que se llamaria Juan.

En cuarto lugar, María sabia que esta visita acarrearía un cúmulo de bendiciones á la casa de Zacarías, las cuales redundarian hasta el niño que estaba en el seno de Isabel, el cual seria santificado con aquella visita.

Es pues, indudable, que una ardiente caridad acompañada de una profundísima humildad, fueron los motivos que la hicieron dirigirse con velocidad y prontitud hácia las montañas de Judá. Esas dos virtudes la impulsaron á hacer ese viaje, y la hicieron dejar su pequeña ciudad de Nazaret; pues la caridad no es tardía, sino activa, en los corazones en que reina y habita, y siempre quiere hacer buenas obras, y como dice San Ambrosio, *la gracia del Espíritu Santo no conoce los esfuerzos tardíos*. (Lib. II, Sobre S. Lú.) Por eso la Santísima Virgen, que estaba llena de El, teniendo al amor mismo en su seno, vivia en continuos actos de caridad, no solo hácia Dios con quien estaba unida por el lazo de la mas perfec-



ta caridad que se pueda imaginar; sino tambien hácia el prójimo, á quien amaba en un grado de altísima perfeccion, lo cual hacia que deseara ardentemente la salvacion de todo el mundo y la santificacion de las almas. Así, sabiendo que podía cooperar á la santificacion de San Juan, que estaba aún en el seno de Santa Isabel, fué allá con gran diligencia; á más de que la misma caridad le hacia ir para regocijarse con su prima por haber bendecido el Señor su seno con una bendicion tal, que habiendo sido estéril é infecunda, ahora habia concebido al que debia ser precursor del Verbo encarnado.

María iba, pues, á regocijarse con Isabel, á congratularse con ella y á excitarla para que ambas glorificaran á Dios por sus misericordias, le dieran gracias por los favores y bendiciones que habia derramado sobre ella, que siendo Virgen, habia concebido al Hijo de Dios por operacion del Espíritu Santo, y sobre Santa Isabel, que siendo estéril, habia concebido milagrosamente y por gracia especial, al que debia ser precursor del Hijo de Dios.

Estas razones, y otras muchas que podrian aducirse, muestran bastante que nuestra Reina y gloriosa Señora no emprendió este viaje sino por un secreto movimiento de Dios, que queria en esta visita, dar principio á la salvacion de las almas, en la santificacion del pequeño San Juan.

(*Primer sermón de la Visitacion.*)

## CAPITULO XII.

La Visitacion.

004514

EL VIAJE.

CONSIDEREMOS á la pobre y pequeña Señora, llevando en su seno al Hijo de Dios, que va dulcemente á ocupar la atencion de su querido y santo esposo, para obtener el permiso de hacer aquella santa visita á su anciana prima Isabel. Consideremos que dice adios, á sus queridas vecinas, por tres meses que piensa permanecer en el campo y en las montañas, pues esa palabra es buena. Yo pienso que todas se despiden con ternura; pues ella era tan amante y tan amable, que no podia estarse en su compañía sin amor, ni dejarla sin dolor.

Ella emprende su viaje con un poco de apresuramiento, pues el Evangelista dice que fué *apresuradamente*. (Lúc. I.—39.) Ah! los primeros movimientos de aquel á quien lleva en su seno, no pueden hacerse sino con fervor; ¡oh santo apresuramiento, que no turba, y que nos dá prisa sin precipitarnos!

Los Angeles se disponen á acompañarla y Señor San José á conducirla cordialmente. Bien quisiera yo saber algo de las conversaciones de



aquellas dos grandes almas; pues se tendría mucho placer en que yo lo dijese; pero pienso que la Virgen no conversa sino de aquello de que está llena, y que no respira mas que al Salvador. Señor San José, recíprocamente no aspira sino al mismo Salvador, que por sus luces secretas le toca el corazón con mil extraordinarios sentimientos, y así como los vinos encerrados en las bodegas exhalan, sin sentirlo, el aroma de las viñas florecientes, así el corazón de ese Santo Patriarca, exhala, sin sentirlo, el aroma, el vigor y la fortaleza del pequeño niño que florece en su hermosa viña.

Oh Dios mio, qué hermosa peregrinación! El Salvador les sirve de bastón de viaje, de alimento y de pequeña redoma de vino: de vino digo, que regocija á los Angeles y á los hombres y embriaga á Dios Padre de un amor inmenso.

*(Carta á una superiora de la Visitación.)*

## CAPITULO XIII.

### La Visitación.

#### LLEGADA Y PERMANENCIA.

**H**! qué grande y profunda fué la humildad de María, y qué bien la manifestó al saludar á Santa Isabel! El Evangelista hace observar

que esta sagrada Señora, como la más humilde, fué la primera en saludar: *Y entró á la casa de Zacarías y saludó á Isabel.* Dios mio! ¡Cuántas bendiciones y gracias entraron á esa casa con María! Esto se observa y reconoce considerando las palabras de Santa Isabel, quien por un espíritu de profecía exclamó en alta voz: Bendita sois entre todas las mugeres y bendito el fruto de vuestro vientre! ¿De dónde á mí la felicidad de que la Madre de mi Dios venga á visitarme? Y luego prosigue diciendo: He aquí que en el instante en que la voz de vuestro saludo ha llegado á mis oídos, el niño que está en mi seno ha saltado de alegría. Bienaventurada sois por haber creído; pues se cumplirán en vos todas las cosas que os han sido dichas por el Señor.

¿Mas quién podrá comprender las amorosas suavidades que inundan el corazón de Santa Isabel en esta santa visita, y cómo ella medita ese misterio grande de la Encarnación? ¡Cuántas acciones de gracias tributaria á Dios por un beneficio tan señalado, y por todos los favores que de El recibía! ¡Cuántas palabras amorosas diría San Juan desde el seno de su madre á su querido Maestro, á quien reconocía y adoraba en las castas entrañas de Nuestra Señora! ¡Cuántas gracias, bendiciones y luces derramaría entónces el Salvador divino, en el corazón de su Precursor!

En esta visita, San Juan recibió el uso de la razón, según la opinión común de todos los Padres, y fué santificado y lleno de ciencia y conocimiento de Dios y de sus divinos misterios, por lo cual le amó, le adoró y saltó de regocijo á su llegada. Preciso es que San Juan hubiera conocido á Nuestro Señor en las entrañas de Nuestra



Señora, puesto que á su llegada saltó de regocijo en las de su madre. Preciso es que le hubiera amado, pues no se salta de alegría, á la venida de aquellos á quien no se conoce ni se ama. Santa Isabel acredita esta verdad, por las palabras que dice á la Santísima Virgen: *hé aquí que en el instante en que vuestra voz ha llegado á mis oídos, el niño que está en mi seno ha saltado de alegría.*

¿Y qué hace Nuestra Señora, en medio de todas las alabanzas y bendiciones que le dá Santa Isabel? Ah! en verdad que no hace como las mujeres mundanas, las cuales, si son exaltadas, en vez de humillarse, se exaltan todavía mas.

Varios ejemplos tenemos de esto. ¿No observamos esa vanidad en nuestra pobre madre Eva, que por haber solamente oído decir que estaba criada á imagen de Dios, presumió tanto de sí misma, que quiso hacerse semejante á El, escuchando al enemigo y haciendo para ese fin, todo cuanto le dijo?

Mas la Santísima Virgen, habiendo venido al mundo para recuperar por su humildad, lo que nuestra madre Eva habia perdido por su orgullo y vanidad, contraresta la arrogancia y presunción de ella, por su humildad, y cuando el Angel la llama Madre de Dios, ella se nombra su sierva, humillándose en el abismo de su nada. Así tambien, cuando Santa Isabel la apellida bienaventurada y bendita entre todas las mujeres, ella dice que esta bendición procede de que Dios ha mirado su bajeza, su pequeñez y su abyección: *Porque miró la humildad de su sierva.*

Buena señal es, en la vida espiritual, la humildad de corazón; y buen indicio es de que se reciben eficazmente las gracias de Dios, cuando

esas gracias abaten y humillan al alma, y que cuanto mayores son, tanto mas profundamente humillan á quienes las reciben ante Dios y ante las criaturas; y cuando á semejanza de la Santísima Virgen, se tiene toda felicidad porque los ojos de la bondad divina han mirado nuestra vileza y pequeñez.

La visita de esta Virgen incomparable no fué inútil, ni semejante á las que se hacen por las damas de estos tiempos, solo por ceremonia, y empleadas ordinariamente en hablar de estos y de aquellos; lo que dá por resultado, que frecuentemente se sale de ellas con la conciencia comprometida. Mas la visita de Nuestra Señora no fué semejante á esas; pues no fué á visitar á su prima, sino por un motivo de caridad, á fin de servirla, ni tampoco fué empleada en decir cosas inútiles.

¡Cuán santa, piadosa y devota fué esta visita, puesto que por ella fué llena del Espíritu Santo toda aquella casa!

Pensemos atentamente, qué buen olor derramaria en la casa de Zacarías, esta azucena, los tres meses que allí estuvo; cómo cada uno de los que allí habitaban, se embalsamarían con su aroma; cómo con pocas, pero excelentes palabras, ella derramaria de sus labios sagrados la miel y el bálsamo preciosos! Porque ¿qué otra cosa podría derramar sino aquello de que estaba llena? Y toda estaba llena de Jesús.

Dios mío! cuánto me admiro de estar aún tan lleno de mí mismo, despues de haber comulgado tan frecuentemente! Oh! querido Jesús, sed el hijo de nuestras entrañas á fin de que no respiremos ni mostremos por dónde quiera mas que á



vos! Ay! Vos estais en mí con mucha frecuencia; ¿por qué estoy yo tan pocas veces en vos? Vos entraís en mí; ¿por qué ando yo siempre fuera de vos? Vos estais en mis entrañas; ¿por qué no estoy yo en las vuestras, para buscar allí y recojer ese gran amor que embriaga los corazones?

(Segundo Sermon de la Visitacion.—Cartas.)

## CAPITULO XIV.

### La Visitacion.

#### BENDICIONES PARA LA FAMILIA DE ZACARIAS.

**D**H! qué gracias y qué favores fueron derramados sobre la casa de Zacarías, cuando la Virgen entró allí! Si Abraham tuvo tantas gracias por haber recibido tres ángeles en su casa; (Gen. XVIII) si Jacob llevó tantas bendiciones á Labán, á pesar de ser un hombre malo; (Gen. XXIX.) si Lot fué libertado del incendio de Sodoma, por haber alojado á dos ángeles; (Gen. XIX.) si el profeta Elías llenó de aceite todas las vasijas de la pobre viuda; (III. Reg. XVII.) si Eliseo resucitó al hijo de la Sulamitis; (IV. Reg.

IV.) si Obededon, en fin, recibió tantos favores del cielo por haber alojado en su casa al Arca de la Alianza: (II. Reg. VI.) ¿cuáles y cuán grandes pensarémos que fueron las gracias y bendiciones de que fué llena la casa de Zacarías, á la cual entró el Angel del Gran Consejo, el verdadero Jacob y divino Profeta, la verdadera Arca de la Alianza, Nuestro Señor, encerrado en el vientre de María?

Ciertamente, toda aquella casa se llenó de regocijo y de alegría; el hijo saltó de júbilo; el padre recobró la palabra; la madre fué llena del Espíritu Santo y recibió el don de profecía.

He aquí, pues, á esta Virgen incomparable que entra á la casa de Zacarías, y con ella, un cúmulo de bendiciones para aquella familia, pues el pequeño San Juan Bautista fué santificado en el vientre de su madre, y Santa Isabel fué llena del Espíritu Santo. Mas se preguntará quizá: puesto que Santa Isabel era justa, ¿no había recibido ya al Espíritu Santo? ¿Cómo deberá entenderse lo que dice el Evangelista, que á la venida de la Virgen, Isabel fué llena de El?

Eso quiere decir que en esta santa visita, ella recibió al punto una plenitud, abundancia y acrecentamiento de gracias, cuyos admirables efectos obrados en ella por el Espíritu Santo, dieron pruebas suficientes de lo que en ella se verificaba; pues aunque frecuentemente sucede que Dios dá su gracia á los justos con medida llena, eso no impide, como dice Nuestro Señor, que se le añada todavía más, á tal grado que ella quede apretada, acumulada y tan colmada, que rebose por todas partes: *darán en vuestro seno buena medida, y apretada, y remecida, y colmada.* (S. Lúe. VI.



38.) Así, aunque Santa Isabel tenía ya una medida llena, de la gracia del Espíritu Santo, sin embargo, en esta santa visita recibió una apretada y acumulada, y tan colmada, que rebosaba y se derramaba por todas partes.

Debemos saber que la gracia del Espíritu Santo no se dá jamás tan plenamente en esta vida, que deje de poder haber siempre acrecentamiento y aumento en esta comunicacion; y convendrá guardarse en esto de decir: ya es bastante, ya tengo suficientes virtudes y gracias del Espíritu Santo, basta de mortificacion, ya me he ejercitado bastante en ella, *la medida está llena*; pues eso sería un grande abuso, y el que así se expresara, bien manifestaría con semejantes palabras, su indigencia, su mendicidad y aun su presuncion, juntamente con la desgracia que le acosaría; porque á esta clase de personas que estiman tener lo suficiente, Dios les quita lo que tienen, para darlo, como dice el Señor. á quien ya tiene; y á aquel que nada tiene, se le quitará aun lo que no tiene. *Porque será dado á todo el que tuviere, y tendrá más; mas al que no tuviere, le será quitado aun lo que parece que tiene.* (S. Mat. XXV. 29)

Lo cual debe entenderse así: se dará á aquel que ha recibido mucho, es decir, que ha trabajado mucho y que sin embargo no descansa, pensando no tener necesidad de trabajar, sino que con una santa y verdadera humildad, reconociendo su indigencia, continúa en su trabajo. A aquel pues, que tiene mucho, se le dará más, y estará en la abundancia. Mas á aquel que ha recibido alguna gracia, y que pensando tener suficiente, no la hace multiplicar, sino que la deja ociosa é infructuosa, se le quitará lo que tiene y aun lo que no tiene;

esto quiere decir que le serán quitadas las gracias que tiene porque no las ha hecho fructificar, y que no le serán dadas aquellas que le estaban preparadas, por haberse hecho por su negligencia indigno de ellas. Esto de ningun modo debe entenderse de la gracia suficiente, que Dios á nadie rehúsa, sino de la eficaz, la cual por un justo juicio, no dá á las almas perezosas é ingratas, porque abusan de ella.

Los mundanos tienen una tal ambicion de adquirir riquezas y honores, que jamás dicen: ya es bastante; en lo cual son muy ciegos, pues por poco que tengan, deberían tener lo suficiente, atendiendo á que los demasiados honores, dignidades y riquezas, son la pérdida del alma y le causan la muerte; por esto, de tales cosas se puede decir verdaderamente: tengo suficiente, ya me basta. Mas en cuanto á los bienes espirituales, es necesario, mientras estamos en este destierro, no pensar jamás que tenemos lo suficiente, sino disponernos para recibir siempre un continuo aumento de gracias.

La primera cosa que hizo Santa Isabel, fué humillarse profundamente, pues exclamó; *¿de dónde me viene esa felicidad de que la Madre de mi Señor venga á visitarme?* Así, el primer fruto de la gracia es la humildad, que lleva al alma á anonadarse en el conocimiento de la grandeza de Dios y de la propia nada y falta de méritos.

En segundo lugar, ella dice á la Santísima Virgen: *Muy feliz sois porque habeis creído; bendita sois entre todas las mugeres, y bendito el fruto de vuestro vientre.* En lo cual se vé que el segundo efecto del Espíritu Santo es hacernos permanecer firmes en la fé, confirmar en ella á los demás, y



despues volvernó á Dios, reconociendo que El es el origen de todas las gracias y bendiciones que recibimos.

Cierto es, dice Santa Isabel á la Santísima Virgen, que vos sois bendita entre todas las mugeres; pero tambien es cierto que esta bendicion os viene del fruto de vuestro vientre, en el cual llevais al Señor de las bendiciones. Vemos de ordinario que no se bendice al fruto á causa del árbol, sino que se bendice al árbol á causa de la bondad de su fruto: y aunque se debe á la Santísima Virgen un culto y un honor mas grande que á todos los otros Santos, sin embargo, no es igual que el que se debe á Dios. Todos los teólogos enseñan que debe adorarse á Dios solo, soberanamente, sobre todas las cosas, y que despues debemos tributar un honor muy particular á la Santísima Virgen, como Madre de nuestro Salvador y cooperadora de nuestra salvacion; y esto ciertamente que siempre se ha observado por los verdaderos cristianos, y cualquiera que no ama ni honra á la Virgen con un amor y un honor muy especial y particular, no es verdadero cristiano. Así, cuando el Espíritu Santo viene á nosotros, nos conduce primeramente á amar y alabar á Dios, y despues á su Santísima Madre.

En tercer lugar, Santa Isabel dice *que al punto que la voz de Nuestra Señora hubo llegado á sus oídos, su hijo habia saltado de gozo en su seno*. Hé aquí la tercera señal por la cual se conoce si se ha recibido al Espíritu Santo; pues ese salto no nos representa otra cosa que la conversion interior del corazon y el cambio de vida. Y así como se vé que San Juan fué santificado por ese salto, por el cual, saliendo de sí mismo, se lanzó hácia su Dios,

á fin de no vivir sino en El y por El, así tambien, el que recibe al Espíritu Santo sale de sí mismo, y hace una dichosa transfusion de su alma en Dios, es decir, no vive ya segun la naturaleza y los sentidos, sino segun la gracia. En consecuencia, si deseais saber si habeis recibido al Espíritu Santo, mirad cuáles son vuestras obras, pues por ellas se conoce.

Observemos tambien que Santa Isabel lo recibe por medio de la Santísima Virgen, para enseñarnos que debemos servirnos de ella como mediadora con su divino Hijo, para obtener al Espíritu Santo; pues aunque podamos ir á Dios directamente y pedirle sus gracias sin servirnos de la mediacion de la Virgen ó de los Santos, sin embargo, El no ha querido que así sea, porque queria hacer aún otra union, pues como ya hemos considerado, El ama las cosas que están unidas; y por eso ha juntado de tal manera la Iglesia militante con la triunfante, que puede decirse que no son mas que una, no teniendo sino un Dios que las rige, conduce, gobierna y mantiene, aunque de diferentes maneras.

Consideremos asimismo, que Nuestro Señor, para obrar esta union, ha querido que nos sirvamos de la invocacion de los Santos, haciendo por su mediacion grandes cosas á los hombres, lo que tambien hace por la de los ángeles que ha señalado para que nos guien.

Mas ¿porqué, preguntaremos, se sirve de la mediacion de los ángeles para guardarnos y otorgarnos sus gracias? ¿No lo podria hacer sin servirse de ellos? No hay duda que lo podria; mas para obrar esa union de que ahora estamos tratando, ha



querido unir los Angeles con los hombres, y sujetar los unos á los otros, y este es el motivo por el cual ha ordenado, en su divina Providencia, que los hombres fuesen servidos por los Angeles, y que la conversion de los hombres fuese un aumento de alegría para los Angeles, á causa de esta union.

Tal vez preguntariamos aún: ¿cómo es que los hombres pueden causar alegría á los Angeles? ¿No tienen ellos en la clara vision de Dios, una perfecta felicidad? Ciertamente que sí, no hay duda alguna en ello; mas no es de la gloria esencial de la que se entiende hablar, sino de la accidental, segun aquello que dice la Escritura, que *hay mas alegría en el cielo por un pecador convertido, que por noventa y nueve justos.* (Lúc. XV.—10. Por esa palabra se ve que los Angeles se regocijan por la conversion de los pecadores, lo cual debe entenderse tambien de los Santos que están en el cielo. Y aunque la Santa Escritura solo habla de los Angeles, esto era antes de la Pasion de Nuestro Señor, cuando todavía no habia hombres en el paraíso; pero desde que los Santos están en el cielo, es cosa cierta que están de tal modo unidos con los Angeles, que participan de su alegría por la conversion de los pecadores.

En vista de esto, conviene considerar que nunca debemos hablar de las cosas santas ni de los Santos, y especialmente de la Santísima Virgen, sino con un grande honor y respeto. Cuando hablemos de ellos, nuestros corazones deben estar prosternados en tierra, porque hay una tan gran distancia entre nosotros y esos bienaventurados espíritus, que ni siquiera puede imaginarse, y al mismo tiempo una relacion tan estrecha, que así como la tierra no puede producir nada sin las in-

fluencias del cielo, así nosotros nada podemos por nosotros mismos, si no somos asistidos por los Santos. Mas cuidemos de no emplearlos ni servirnos de su intercesion, sino para obtener cosas que nos sirvan para la eternidad, rogándoles que nos impetren la gracia de Dios y las virtudes; sirviéndonos para estos fines y otros semejantes, del crédito que tienen con nuestro amado Salvador y Maestro, y no para obtener por sus intercesiones más comodidades temporales y otras cosas por el estilo, que no nos son necesarias para la vida eterna.

He aquí pues, cómo recibimos al Espíritu Santo por la mediacion de la Virgen y de los Santos.  
(*Primer y segundo sermon de la Visitacion.*)

## CAPITULO XV.

### La Visitacion.

LA CARIDAD Y HUMILDAD DE MARÍA CAUSA  
DE SU GRANDEZA.

No parece que á la Santísima Virgen es á quien deben aplicarse aquellas palabras del Cantar de los Cantares, en que describiendo el divino Esposo las bellezas de la Esposa, en deta-



lle y menudamente, dice que *su cabeza se asemeja al monte Carmelo*? (Cant. VII.) El Carmelo es una montaña toda cubierta y matizada de flores muy aromáticas, y los árboles que en ella se encuentran, no producen mas que perfumes. Ese monte, esas flores y esos perfumes, no significan otra cosa que la caridad, la cual, siendo como una muy hermosa y odorífera planta, produce todas las flores de las otras virtudes en el alma que la posee, pues ella no permanece nunca sola. Y aunque se aplican esas palabras del Cántico á la Iglesia, que es la verdadera Esposa de Nuestro Señor, en quien como en un monte Carmelo, abundan toda clase de flores muy aromáticas, esto es, toda clase de virtudes, santidad y perfeccion; sin embargo, dichas palabras pueden tambien entenderse de la Santísima Virgen, que es aquella única y perfecta Esposa del Espíritu Santo, que teniendo la caridad en grado muy eminente, se asemejaba al monte Carmelo, por los actos frecuentes que de ella producía, de suerte que esa santa caridad plantada en medio de su corazon como un hermoso árbol, exhalaba continuamente sus aromas y repartía sus perfumes de una incomparable suavidad.

Los rabinos y algunos otros doctores parece que nos hacen entender mejor, que el Esposo divino, al hablar de la cabeza de su Esposa, entien- de hablar de la caridad, que es la primera y la mas excelente de todas las virtudes; pues como dicen, el Esposo la compara á la escarlata, la cual saca su precio de su tinte, (Cant. VII.) ó bien á los granos de la granada, que son rojos. Todo eso no es otra cosa que la caridad de la Santísima Virgen, graciosamente representada; ella no

solamente tenia la caridad, sino que la habia recibido con tal plenitud, que podria en algun modo decirse que ella era la caridad misma, en tanto que habia concebido en su vientre al que es todo amor, quien la habia convertido en el amor mismo. A ella se pueden aplicar mejor que á nadie, aquellas palabras del Cantar de los Cantares, cuando el Esposo sagrado contemplando á su muy amada en su dulce sueño, fué arrebatado de una tan gran complacencia, que se puso á conjurar á las hijas de Jerusalem para que no la despertasen, diciendo: *Hijas de Jerusalem, os conjuro por los cabritillos del campo, que no despertéis á mi muy amada, que está en el amor, hasta que ella lo quiera ó desee*: (Cant. III.) ó mejor, segun otra version: Hijas de Jerusalem, os conjuro que no despertéis á la dileccion y al amor mismo, hasta que ella lo quiera; y esta dileccion y amor es mi muy amada, esto es, la Santísima Virgen, que no solamente tenia el amor, sino que era el amor mismo, y por eso Dios la ha mirado con una complacencia muy particular.

Nadie ha causado nunca mas complacencia á Dios, entre las puras criaturas, que aquella que era cumplida en toda clase de virtudes, que tenia una tan ardiente caridad y estaba dotada de una humildad tan profunda, que bien lo manifiestan las palabras que dijo cuando Santa Isabel la alabó, esto es, que su felicidad provenia de *que Dios habia mirado la humildad de su sierva, y que por eso todas las naciones la ensalzarian y llamarian bienaventurada*. (Lúc. I.)

La gloriosa Virgen no careció de humildad, ni cometió falta alguna contra esta virtud, cuando dijo que Dios habia mirado la humildad de su sierva; pues sabia bien que la humildad que veia



en sí misma, no era de ella, sino que le había sido dada por Dios y era un efecto de su gracia.

Ella sabía también, que entre todas las virtudes, la humildad es la que tiene mas poder para atraer á Dios hácia nosotros. Observemos que el Divino Esposo, en el Cantar de los Cantares, despues de haber considerado todas las bellezas particulares de su Esposa, no quedó tan enamorado de su amor, sino cuando clavó sus miradas en su calzado y en su andar, como lo manifiesta por estas palabras: *Oh hija del príncipe, ¡cuán lleno de hermosura es tu calzado y tu andar!* (Cant. VII.)

Así pues, podemos decir que el Padre Eterno, considerando la hermosura y variedad de virtudes que había en Nuestra Señora, la encontró sin duda extremadamente bella; mas cuando fijó los ojos en sus sandalias, quedó de tal suerte enamorado, que se dejó ganar y le envió á su Hijo, el cual encarnó en sus castas entrañas. Y esas sandalias, y ese calzado de la Virgen, ¿qué otra cosa nos representan, sino la humildad? Así como vemos que las sandalias ó los zapatos son los mas viles atavíos que se usan para adorno del cuerpo humano, porque están siempre en el suelo, pisando la tierra y el lodo; así también, eso es lo propio de las almas que tienen la verdadera humildad, el estar siempre bajas y ser pequeñas á sus propios ojos, y permanecer bajo los pies de todo el mundo; pues esta virtud, que es la base de la vida espiritual, tiene de propio el querer siempre estar contra la tierra, en la nada y abyección. Esta humillación fué la que Dios miró con tanta complacencia en la Santísima Virgen, y de esa mirada procede toda su felicidad, como ella dice en su sagrado Cántico; *porque miró la humildad de su*

*sierva, he aquí que por esto me llamarán dichosa todas las generaciones.* (Lúc. 1.)

Por esto también se le pueden aplicar aquellas palabras de la Esposa del Cántico: *mientras el rey estaba en su reclinatorio, mi nardo exhaló su olor.* (Cant. 1.) El nardo es un pequeño arbusto que jamás se eleva como los cedros del Líbano, sino que permanece siempre en su pequeñez, derramando su perfume con tanta suavidad, que regocija á cuántos lo perciben. Bien podemos decir que la Santísima Virgen ha sido ese nardo precioso, porque ella jamás se ha elevado por cualquiera cosa que se le haya hecho ó dicho, sino que siempre ha permanecido en su bajeza y pequeñez, y como el nardo, ha exhalado un perfume de tan suave olor, que ha subido hasta el trono de la divina Magestad, quien de tal manera se ha enamorado de él, que ha dejado el cielo para venir á la tierra á encarnar en las purísimas entrañas de esta Virgen incomparable.

Ya vemos pues, cuán agradable es á Dios la humildad, puesto que nuestra gloriosa Señora fué escogida para ser Madre de su Hijo, por ser humilde. De ello dió testimonio el mismo Señor nuestro, cuando aquella buena muger, viendo los milagros que obraba, exclamó en alta voz: *¡Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te alimentaron!* (Lúc. XI.) á lo que el Señor respondió: *mas bienaventurados son aquellos que escuchan la palabra de Dios y la guardan;* lo que es tanto como si hubiera querido decir: cierto es que mi Madre es bienaventurada porque me ha llevado en su seno, pero lo es mucho más, por la humildad con que ha escuchado las palabras de mi Padre celestial, y las ha guardado. Esto lo



confirmó más, cuando habiéndole dicho que su Madre y sus hermanos le aguardaban, respondió que eran su Madre y sus hermanos, aquellos que escuchaban la palabra de Dios y la practicaban. (Mat. XII.—Marc. XIII.) Y aunque dijo estas palabras, no fué porque no quisiera reconocer á su Madre, sino para hacernos entender que ella no solamente era bienaventurada por haberle llevado en su seno, sino mucho más á causa de la humildad con que hacia la voluntad de Dios en todas las cosas.

*(Primer sermón de la Visitación.)*

## CAPITULO XVI.

### La Visitación.

#### VISITAS DE MARÍA A NUESTRAS ALMAS.

**Q**UÉ cosa tan amable y provechosa, es el ser visitado por esta Santa Señora, puesto que su visita nos acarrea siempre muchos bienes! ¡Dios mío! diremos quizá, yo quisiera que ella me hiciera la gracia de visitarme! Y para qué? Para tener consuelos, suavidades y gustos en la oración. ¡Yo quisiera que me visitara como ella lo hizo con Santa Isabel!

¿Mas la recibiríais como Santa Isabel lo hizo? Ciertamente que María nos visita frecuentemente por medio de luces interiores que nos dá para nuestro adelantamiento en la perfección, y nosotros no queremos recibirla.

Observemos que María visita á su prima, porque es costumbre entre parientes el visitarse. ¡Qué haremos pues, nosotros, para tener la dicha de ser sus parientes!—Qué harémos?—Oh Dios! hay mil medios para ello.—Querémos ser parientes de la Santísima Virgen? Comulgúemos, y recibiendo al Santísimo Sacramento, recibiremos la carne de su carne y la sangre de su sangre; porque el cuerpo precioso del Salvador que está en el Santísimo Sacramento del altar, ha sido hecho y formado en el seno de esta Virgen, de su más pura sangre, por obra del Espíritu Santo; y no pudiendo ser parientes de ella como Santa Isabel, séamoslo imitando sus virtudes y su santísima vida, pues por ese medio lo seremos de una manera mas excelente que lo es el parentesco de la carne y de la sangre.

Si queremos, pues, participar de las visitas de la Santísima Virgen, preciso es no pedirle consuelos, sino resolverse á sufrir sequedades, arideces y disgustos tales y tan grandes, que algunas veces parezca estar abandonados de Dios. Preciso es no engañarse; si queremos que nos visite, debemos abrazar los sufrimientos. Ella no visitó á Santa Isabel, sino despues que ésta sufrió muchos desprecios y abyección, á causa de su esterilidad. No pensemos que se pueda practicar la devoción sin dificultad; donde hay más penas, hay frecuentemente más virtudes. En suma, para recibir esta santa visita, preciso es obrar una



transformacion interior y morir para sí mismo, á fin de no vivir más que por Dios y para Dios; en una palabra, humillarse mucho, á ejemplo de Santa Isabel. Hagámoslo así fielmente, durante esta corta y miserable vida, para que con la gloriosa Virgen podamos cantar eternamente en el cielo: *Mi alma engrandece al Señor!*

¡Hermoso y admirable cántico, que sobrepuja á todos los que habian sido cantados en la antigua ley por las otras mugeres! ¡Cántico más excelente que el de Judit; (Judit. XVI.) más hermoso, sin comparacion alguna, que el que cantó la hermana de Moisés, cuando los hijos de Israel hubieron pasado el Mar Rojo y Faraon y los Egipcios fueron sepultados en las aguas; (Exod. XV.) más que el que fué entonado por Débora y Barac, despues que Dios les dió la victoria sobre sus enemigos; (Jueces. V.) en fin, más hermoso que todos los cánticos que han sido cantados por Zacarías, por Simeon y por todos los otros que menciona la Escritura! (Lúc. I y II.)

(Primer y segundo sermon de la Visitacion.)

## CAPITULO XVII.

### Maria en Belen.

**I**MAGINÉMONOS ver á Señor San José con la Santísima Virgen, llegar á Belen y buscar por todas partes dónde alojarse, sin hallar ninguno que quiera recibirlos. Oh Dios mio! qué desprecio y repulsa hace el mundo de las personas celestiales y santas, y cómo estas dos almas justas abrazan voluntariamente esta abyeccion! Ellos no se ensalzan, ni hacen observaciones acerca de sus calidades, sino que sencillamente reciben esa repulsa y aspereza con una mansedumbre sin igual.—Oh! cuán miserables somos! el menor olvido que se hace del honor puntilloso que se nos debe, ó que nos imaginamos que se nos debe, nos turba, nos inquieta, excita nuestra arrogancia y nuestro orgullo; donde quiera queremos colocarnos á viva fuerza en el primer rango! Ah! ¡cuándo tendremos esa virtud, el desprecio de nosotros mismos y de las vanidades?

Consideremos cómo Señor San José y Nuestra Señora llegan á la entrada del lugar que servia á veces de establo á los forasteros, para que allí tuviera lugar el nacimiento del Salvador. ¿Dónde están los soberbios edificios que la ambicion del mundo eleva para habitacion de los vi-